



II CONCURSO INTERNACIONAL DE RELATO CORTO

OBRA GANADORA (PRIMER PREMIO)

7 de Noviembre de 2021

UN LUNAR

Autora: María Cristina Manrique de Henning

(Houston, Texas, USA)

Se la pasaba recitando aquel poema de César Vallejo.
También le gustaban los carnavales.
No perdía oportunidad de fiesta.
Animador nato de las celebraciones.
Se disfrazaba de cuanto personaje se le ocurría para hacer reír.
Disfrutaba bromeando sin ser reconocido.
Hasta que llegó ese jueves profético.
Cuando adelantaron a un carro que iba rezagado.
No pudieron esquivar al camión en el hombrillo.
Fueron dos los pasajeros que no regresaron vivos.
El nuestro, el familiar divertido.
El otro, el militar sobreseído.
Tal como el Piedra negra sobre piedra blanca del poeta.
Murieron en París con aguacero.
Una tarde de jueves fue el accidente fatal.
Aquel día quedó marcado para el recuerdo.
Lo que siguió fueron diligencias de trámites acelerados.
Solo tomó una semana desde ese diecinueve de enero.

CASA DE ESPAÑA EN SAN ANTONIO

P.O. Box 690523

San Antonio, TX 78269



Por avión llegaron dos urnas francesas con los difuntos.
Eran de buena madera, sin adornos de metal.
Con el nombre de cada muerto en una placa a los pies de sus cajas.
Vinieron selladas, directo para los ritos.
Ninguno pudo ver al familiar fallecido.
En Francia los prepararon con rigor.
Cumpliendo reglamentos para el transporte aéreo.
Reseñando con premura los cuerpos antes del viaje.
Cada grupo de dolientes se encargó de organizar sus propias exequias.
Las honras fúnebres acostumbradas según sus tradiciones religiosas.
En las funerarias de Caracas que ofrecían muy buen servicio.
Uno de los velorios fue convocado en la Memorial.
Grandes afectos del familiar acudieron, todos afligidos.
Esa noche sobre la urna francesa hubo rezo, llanto y conversación.
Fue acompañado por los suyos en todo momento.
La tapa que la sellaba era plana como una mesa.
Sobre ella se tomó café y se contaron chistes al amanecer.
Muchos amigos queridos se agruparon esa mañana.
Abrazaron a la esposa, hijos, hermanos y sobrinos del familiar.
Mientras tanto salió por televisión.
Que al militar lo estaban velando en la Vallés con pompa.
Por allá desfilaron altas personalidades del gobierno.
Hicieron una serie de ceremonias protocolares.
Incluso una misa muy concurrida con el Cardenal.
Se apersonaron representantes de la sociedad, académicos y dignatarios.
Fue muy evidente que los que allí estuvieron buscaban figurar.
Comparecieron conscientes de la prensa, del presidente y del golpista.
Quedó en entredicho el método para hacerse popular.
Le rindieron honores disparando rondas de salvas.
También vuelos de aviones en escuadra.
Al cruzar el firmamento todos pudieron ver sus alas.
Se sintió en toda la ciudad el estruendo de la propulsión a chorro.



Quienes se confortaban bajo techo solamente los oyeron.
Muchos se acordaron que el familiar había sido piloto.
Y conscientes de que ese vuelo en formación no fue para él.
Agradecieron el espectáculo que les regaló por fortuna.
De repente al funeral nuestro llegó una comisión de carros negros.
Se llenó el recinto de oficiales en su indumentaria formal.
Hubo conmoción entre los asistentes al velorio de la Memorial.
Pidieron a los allegados desalojar la capilla.
Le informaron a la viuda del familiar de un requisito final.
Tenían que abrir el ataúd previo al entierro.
Se interrumpió la procesión mucho antes de salir hacia el cementerio.
Nadie entendió lo que ocurría, ni tuvieron sospechas.
Todos se movieron complacientes para evitar revuelo.
Asumieron que era una diligencia burocrática ordenada por el municipio.
Los presentes desplazados se instalaron a conversar en la terraza.
Al rato se comentó que al militar lo habían vestido de uniforme.
Sentados en el espacio a cielo abierto esperaron con paciencia.
Notaron algo curioso en este ritual harto conocido.
Demasiado movimiento de carros, gente y ruido en el estacionamiento.
Vieron dos carrozas fúnebres obstruyendo el acceso.
Una al lado de la otra, con sus marcas identificables.
Cada una con los choferes de las dos funerarias distintas.
Detrás de éstas un par de camionetas cargando las coronas de flores.
En algunas de las cintas podían leer el apellido del militar.
Los detalles que observaron alborotaron el avispero.
Corrieron cuentos que nadie parecía poder confirmar.
Era tan inusual la imagen de las dos carrozas.
Tanto como el trajín de empleados de ambos tanatorios.
Con curiosidad y morbo algunos se pusieron a indagar.
No se supo quién dio con la versión más factible.
Se dijo que al tanatoestético de la Vallés le hicieron exigencias.
Debía cumplir con los deseos de la familia del militar.



Pidieron que permitiera la presencia de la viuda.
Durante el tiempo que manipuló al cadáver en su despacho.
La viuda del militar preguntó varias veces.
Insistió en ponerle sus medallas de teniente coronel.
Obtuvo el consentimiento para resaltar su rango marcial.
En plena maniobra desabotonó la camisa.
Le fallaron las piernas y casi se desmayó.
Cuando recuperó la respiración la levantaron desde el piso.
Gritó alterada que encontró en el pecho de su marido un lunar.
Anunció que ese lunar tan grande nunca lo había tenido.
Y sin parar de gritar repitió varias veces que así no lo podía enterrar.
Los hijos se acercaron a la madre para calmarla.
Pidieron al encargado acceso para ver al padre.
El finado tenía toda la cara cubierta con vendas.
Buscaron entonces verle el cuerpo con respeto y pudor.
¡El lunar! ¡El lunar! ¡Ese lunar no era suyo!
Gritaron con fuerza los huérfanos igualmente sorprendidos.
Repicaron teléfonos con llamadas de urgencia.
Agentes de ambas funerarias se movilizaron velozmente.
Al terminar la misa corrieron a enderezar el entuerto.
No quedó tiempo para más oficios.
Los enterradores del Cementerio del Este trabajaban con horario.
El turno de las inhumaciones comenzaría sin retraso.
A las tres salieron todos desde el aparcadero de la Memorial.
Desde la entrada del camposanto se bifurcaron las dos carrozas.
Tomaron pendientes opuestas hacia sus parcelas.
La urna francesa del familiar brilló sellada de nuevo.
Varios lamentaron recortar el momento para el sepelio.
Con solemnidad descendió despacio hasta su lugar dentro de la fosa.
Entre risas y lágrimas concluyó la triste despedida.
Bajo el sol caliente se distinguió el bromista en su marcha.
Figura imborrable de la memoria de sus dolientes.

CASA DE ESPAÑA EN SAN ANTONIO

P.O. Box 690523

San Antonio, TX 78269



Aliviando en cuerpo presente el desconsuelo por su partida.

Inconfundible en su adiós, entreteniéndonos por última vez.